

**Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación**  
**Dirección Nacional de Gestión Curricular y Formación Docente**  
**Área de Desarrollo Profesional Docente**

**Cine y Formación Docente 2006**

Martes 29 de agosto en Rivadavia, miércoles 30 de agosto en Mendoza, jueves 31 de agosto en Tunuyán y Viernes 1 de septiembre en San Rafael, Mendoza. Lunes 6 de noviembre en La Rioja.

**El tiempo del desempleo. Transformaciones en el mundo del trabajo y sus efectos en la subjetividad.**

Por Verónica Millenaar

“Yo quiero irme a las antípodas” le dijo Santa a Lino bajo el sol apacible de un lunes de mañana. “¿Sabes qué son las antípodas? Pues, son ese lugar en el que te dejan hacer todo lo que aquí no te dejan”. En efecto, la antípoda es el punto diametralmente opuesto al que nos encontramos; es ese lugar radicalmente contrario del que habitamos. En el caso de Santa, la antípoda parece ser aquel lugar anhelado, donde sea posible lo que parece imposible. La antípoda es sencillamente un lugar donde poder trabajar.

*Los Lunes al Sol* es una película que habla sobre el desempleo. Como bien sabemos, el desempleo se ha convertido las últimas décadas en un cataclismo social que ha empujado a millones de personas a un destino incierto; que produce en nosotros un temor permanente y de larga duración y que obliga a muchos a caminar por la cuerda floja de la precarización. Es así, que el desempleo, es percibido como una amenaza a la forma de articulación social que ha tenido como principal soporte al salario. En el presente texto, nos permitiremos aceptar la invitación de *Los Lunes al Sol* para compartir por un rato, la vida de un grupo de obreros que se ha quedado sin empleo, en alguna ciudad costera de España. Si bien el film narra una ficción, bien podemos asumir que la historia de estos enternecedores personajes puede identificarse con la de tantos compatriotas, a lo largo de nuestra historia reciente.

La película nos incita a reflexionar desde su mismo título. Disfrutar la caricia del sol un lunes nos remite a una situación de excepción: o se trata de las vacaciones o de algún feriado o se trata de algún lunes de

rabona. Los lunes, como todos los lunes de nuestra vida laboriosa, no contemplan la posibilidad de estar al sol; por el contrario, los lunes están hechos para trabajar. Este grupo de desempleados españoles nos suscita una sensación de angustia: verlos reír, conversar, afligirse o simplemente estar al sol cualquier día de la semana nos recuerda el drama social que significa el desempleo en nuestros tiempos. Y es que ver personas al sol un lunes, lejos de remitirnos a una postal del placer, nos resulta una muestra de las transformaciones en el mundo del trabajo y en la sociedad toda.

Empecemos, entonces, por analizar estas transformaciones. Reconocer que haya habido alteraciones en el mundo laboral, no da lugar a ninguna duda. Sabemos y vivimos en carne propia el panorama actual del mercado de trabajo que excluye de la posibilidad del empleo a un sector importante de la población y obliga a otro, a trabajar en empleos no formales, sin seguridad social, temporales y de menor tiempo que el deseado. También sabemos que las exigencias para ubicarnos dentro del sector agraciado que cuenta con el empleo típico, formal y estable, son bien distintas a las que solían ser, décadas atrás. Para conseguir un buen empleo no sólo se requieren buenas calificaciones sino también buenas competencias. No sólo se necesitan estudios, experiencia y un engordado currículum, sino también la capacidad para adaptarse a los cambios continuos de las organizaciones, a ser flexibles, emprendedores, activos y colaboradores. Se puede encontrar en la irrupción del neoliberalismo, como teoría política y económica, el paradigma que

contribuye a la agudización de las transformaciones antes mencionadas. En el caso de nuestro país, las reformas implementadas durante la década de los noventa fueron un punto de inflexión en el estabilizado mercado de trabajo que existía hasta entonces. Tanto las privatizaciones, como la desregulación financiera y la apertura comercial permitieron la entrada masiva de productos importados que vinieron a competir con nuestros desaventajados productos nacionales. La consecuencia inmediata fue un proceso creciente de desindustrialización que causó el despido masivo de asalariados.

El cierre del astillero en el que trabajaban Santa y sus compañeros, remite a las transformaciones en el mundo laboral. Si bien la historia del film transcurre en un país del primer mundo, la situación por la que deben atravesar los personajes, no resulta demasiado distinta a la de cualquier cierre de fábrica en nuestras latitudes. Obreros portadores de un oficio, forjado a fuerza del sacrificio de años de prestación de servicios, quedan librados a su suerte, con la gentil compensación de una suma en carácter de indemnización. Se podría decir que hasta aquí, la película parece mostrar una escena que se ha repetido a lo largo de toda la historia del capitalismo industrial. Despidos y desempleados hubo siempre. Como una figurita repetida, el desempleo ha funcionado de manera similar, a lo largo de la historia del capitalismo. La figurita del desempleo se ha repetido, más o menos, bajo el siguiente esquema: el obrero desocupado que se queda sin trabajo, se pone a buscar empleo nuevamente y no pasará demasiado tiempo hasta lograr conseguir otro puesto. En efecto, podemos pensar que el desempleo ha tenido una determinada función a lo largo de la historia del capitalismo industrial. Tal como estableció Marx, los desocupados, constituían una suerte de *ejército de reserva* que funcionaba como un necesario regulador del salario promedio y como un colchón ante el ritmo variable de la actividad industrial. Sin embargo, la historia de los obreros del astillero y las numerosas historias de despidos en nuestra región, nos hablan de una figurita bastante distinta a la repetida en el momento histórico teorizado por Marx. Una situación actual de despido, muy probablemente no pueda revertirse. He aquí un indicador de las transformaciones en el

mundo del trabajo: el desempleo de antaño, situación transitoria, ha devenido no sólo desgracia irreversible sino amenaza para todos.

Cuando hacemos referencia a una situación de transformación, estamos suponiendo que algo se ha *alterado*. Es conveniente, entonces, detenernos un momento en aquel *mundo del trabajo* respecto del cuál hoy podemos reconocer profundas alteraciones. Una filósofa francesa, Dominique Méda, ha escrito un maravilloso libro<sup>1</sup>, donde nos enseña que la categoría *trabajo* no ha tenido la misma representación, ni ha cumplido la misma función a lo largo de la historia. Esta autora nos señala que, por ejemplo, en la Grecia clásica, la categoría trabajo era concebida de una forma distinta a como lo hacemos hoy. Para los griegos, el trabajo constituía una actividad degradante, de la cual debían desentenderse para desarrollar su condición de ciudadanos libres de la *polis*. El ciudadano libre griego debía dedicarse a la política, a la filosofía o a los placeres; el trabajo no cumplía un papel fundamental; era una actividad que quedaba relegada a los esclavos y artesanos. Por el contrario, durante los últimos siglos, con el desarrollo del capitalismo industrial y la organización de las sociedades en base a la producción, el trabajo ha devenido el eje decisivo que estructura la vida social y actividad fundamental. Por medio del trabajo nos realizamos como personas, expresamos nuestra condición de humanos, nos vinculamos con otros, creamos y transformamos nuestro mundo. El trabajo pasa a estar concebido como esencia del hombre en términos antropológicos y como mecanismo y condición de inclusión social, en términos económicos y políticos. Por medio del salario, no sólo se recibe una remuneración por una tarea, sino también una serie de beneficios adscriptos que nos permiten tener seguridad social en términos de previsión a futuro, educación, salud o recreación. El trabajo, tal cual lo concebimos, es mucho más que una fórmula para ganarnos la vida; el trabajo es la vía que nos permite estar integrados socialmente. Durante el Siglo XX, el trabajo acentuó su carácter estructurante en las sociedades occidentales. A medida que el capitalismo

---

<sup>1</sup> Dominique Méda: *El trabajo. Un valor en peligro de extinción*, Gedisa, Barcelona, 1998

industrial se fue fortaleciendo, el trabajo regulado fue haciéndose cada vez más necesario. Es por ello, que durante décadas, tanto el trabajo, como el Estado y el Capital, funcionaron de manera articulada. Zygmunt Bauman<sup>2</sup> bautizó esta articulación como el tiempo de la *gran vinculación*. Capital y trabajo se necesitaban entre sí para permitir su reproducción en el tiempo; y a su vez requerían de un Estado capaz de garantizar, tanto las condiciones de estabilidad para el crecimiento sostenido del capital productivo, como la reproducción de la población trabajadora en el largo plazo. En ese entonces, el Estado cumplía un rol importante en el moldeamiento subjetivo de los ciudadanos para constituirlos en trabajadores. Frases cristalizadas en nuestra memoria dan cuenta del discurso estatal en este sentido: *el trabajo dignifica o de la casa al trabajo y del trabajo a la casa* son ejemplos de esto.

El momento histórico donde podemos ubicar en nuestro país el comienzo del modelo de la *gran vinculación* es durante el primer peronismo (1945 a 1955). En ese entonces, el Estado cumplía un rol fuerte y protector, necesario para permitir la reproducción del capital de manera sostenida. Si Bauman caracterizó esta época a partir de la *gran vinculación* entre Estado, capital y trabajo; otro autor llamado Robert Castel<sup>3</sup>, la denominó *Sociedad Salarial*. El salario dejó de significar solamente la remuneración a una tarea, para devenir puerta de entrada a una serie de derechos sociales y laborales. El empleo era el lugar en donde el obrero encontraba su lugar de pertenencia, desarrollaba su identidad social y percibía su rol funcional en la sociedad. De este modo, el trabajo se asoció con ciertas palabras, valores e imágenes como *dignidad, salario, inclusión*. Dentro del esquema de la *gran vinculación* o de la *sociedad salarial*, el trabajo pasó a estar igualado a la idea del empleo. Trabajo pasó a significar entonces, toda actividad formal remunerada. Es conveniente señalar esta asociación de palabras, que en términos estrictos, no significan lo mismo. Si bien durante el

período que venimos analizando estas dos palabras parecían sinónimos, comprendemos ahora que el trabajo no puede entenderse sólo como empleo. El trabajo es mucho más que el empleo, en tanto incluye actividades que pueden no estar remuneradas o que pueden desarrollarse informalmente.

Las últimas décadas han puesto fuertemente en cuestión el modelo de la *gran vinculación* y de la *sociedad salarial*. A partir de mediados de los años 70, a raíz de los cambios tecnológicos y de la aparición del capital financiero como protagonista en la escena económica, las sociedades se han transformado cualitativamente. Si el capital productivo, elemento constitutivo del modelo anterior, requería necesariamente para su reproducción, de obreros y condiciones de estabilidad a largo plazo; el capital financiero parece requerir de condiciones totalmente distintas. El capital financiero se reproduce ya no a partir de la producción industrial, sino a partir de la especulación financiera. Por lo tanto, funciona mejor en los contextos de cambio que permiten especular. El capital financiero no necesita de población trabajadora y condiciones estables a largo plazo. En este sentido, podemos nominar los tiempos actuales, siguiendo los autores citados, como sociedades de *gran desvinculación* o *post-salariales*. El capital, predominantemente financiero, ya no necesita de grandes masas de trabajadores y requiere de un Estado mínimo, que intervenga lo menos posible en el funcionamiento económico. En nuestro país, ese reordenamiento se puede ubicar en la década de los noventa, cuando el Estado resignificó su rol. Las consecuencias de ese reordenamiento se pueden reconocer en el proceso de desindustrialización creciente que arrastró a un importante sector de nuestra población al desempleo. En este nuevo contexto, el desempleo, ya no es funcional al sistema como lo entendía Marx. Éste se ha convertido en amenaza de exclusión, en tanto un trabajador despedido ya no tiene garantías de lograr reinsertarse nuevamente; a su vez, el capitalismo parece poder funcionar al máximo sin requerir la totalidad de la mano de obra disponible.

Volviendo al film, podemos registrar en cada uno de los personajes, ciertos indicios que nos permiten analizar, por un lado, la significación actual del desempleo; y por el otro, sus consecuencias personales y

<sup>2</sup> Zygmunt Bauman: *Modernidad Líquida*, FCE, Bs. As., 2002

<sup>3</sup> Robert Castel: *La metamorfosis de la cuestión social. Crónica del salariado*, Piados, Bs. As., 1997

sociales. Vamos a compartir, entonces, los periplos del desempleo, en cinco personajes de esta historia. La idea central que se permite desprender de la trama del film es que si bien los tiempos actuales se han transformado significativamente de aquel modelo de la *sociedad salarial*, el trabajo sigue cumpliendo un rol decisivo que estructura la vida social. Y es por eso que el desempleo, que se ha convertido en un fenómeno social masivo, produce un intenso padecimiento.

### Santa

Comencemos por el personaje que ha dado inicio a este texto. Santa nos permite reconocer la indignación que genera la situación de paro. Es quizás Santa el personaje más enojado y menos resignado a la situación que le tocó transitar. Resulta interesante preguntarnos por el sentido del enojo y de las pequeñas rebeldías cotidianas de este personaje. Santa nos muestra que el desempleo no es sólo una situación de falta de remuneración. La película no parece reflejar que ninguno de los personajes esté mal económicamente, probablemente todos tengan el privilegio de cobrar un seguro social mensual. Sin embargo, recordar el despido enfurece a Santa, porque lo obliga a reconocer que no le fue posible frenar, junto con otros compañeros, el cierre del astillero. El enojo de Santa nos señala que ser despedido hoy, ha devenido puerta obligada a la inexistencia social, porque al estar reducido el mercado de trabajo, las posibilidades para emplearse nuevamente son muy escasas. Quedarse sin trabajo, para obreros de más de 40 años, habiendo prestado servicios a la misma fábrica durante décadas, es quedarse sin nada. Como hemos señalado, los tiempos actuales ya no son aquellos reconocibles en la *sociedad salarial*. Sin embargo, el trabajo sigue siendo el eje estructurante de nuestra vida social. La idea de *mundo del trabajo* nos permite reconocer este planteo. El trabajo nos arma el mundo, estructura nuestras vidas, nuestros tiempos, nuestras relaciones sociales. El trabajo es nuestro mundo y quedarnos sin trabajo, sabiendo la imposibilidad de poder obtener otro, se nos presenta como la *pérdida de todo*. Por eso el enojo y la indignación de Santa. Por eso la

defensa a toda costa de las fuentes de trabajo. Santa, en varios de sus diálogos, refiere a esta idea; haberse quedado sin empleo es haber perdido su lugar en la sociedad. El empleo es percibido por Santa y sus compañeros como el tesoro más codiciado, el premio más ambicionado al que se pueda aspirar. El problema es que ya no hay garantías de ganar ese premio. Si antes uno sabía que estudiar o capacitarse, más tarde o más temprano, iba a permitir la obtención de un empleo, los tiempos actuales nos muestran que esta fórmula ya no se da indefectiblemente. Como dice Santa, el cuento de la hormiga y la cigarra no dice la verdad de los tiempos presentes; no dice por qué algunos nacen cigarras y otros, hormigas. Tampoco dice por qué las cigarras son cigarras, por más voluntad de hormiga que tengan.

Santa es también el personaje más combativo de esta historia. Él ha participado, con algunos compañeros, de una huelga para intentar frenar los despidos. Aquí podemos señalar otra dimensión que remite a la organización de los trabajadores. En tiempos de *sociedad salarial*, las organizaciones sindicales tenían una fuerte presencia y un protagonismo importante en la vida política. A partir de las transformaciones de los últimos tiempos, los sindicatos se han visto debilitados y con ello, también se ha visto debilitada su posibilidad de acción real en materia de defensa de los trabajadores. Uno de los rasgos más importantes en torno a las transformaciones en el mundo laboral, refiere a la *flexibilidad*. Este término comprende tanto las nuevas pautas de organización de trabajo que exigen adaptación constante, como las nuevas leyes laborales que reducen los derechos y garantías sociales de los trabajadores. Santa, haciendo referencia a los convenios de retiro que muchos compañeros del astillero firmaron para poder recibir un arreglo económico, se permite sugerir que esa firma ha firmado también el desempleo futuro de sus hijos, en tanto esa acción afirma la debilidad organizacional de los trabajadores.

### José

La falta de empleo ha afectado profundamente a José. Es quizás el personaje que vemos más dolido, más avergonzado, más triste. El desempleo ha

puesto en cuestión su rol de proveedor del hogar y su mujer, Ana, ha devenido única encargada de parar la olla. Vicente Galli y Ricardo Malfé han escrito un artículo<sup>4</sup> donde analizan las profundas consecuencias subjetivas de la desocupación. Teniendo en cuenta que nuestras identidades están formadas a partir de una particular representación del trabajo, ligada a la dignidad y al desarrollo personal; no tener empleo desgarró la valoración de nosotros mismos. Esto puede verse en José y su vergüenza: que Ana tenga que salir todas las noches a trabajar en malas condiciones hace sentir responsable a José. Estamos frente a un punto central para entender las consecuencias subjetivas de la desocupación. Sin empleo, José se siente indigno porque la *dignidad* está asociada, desde nuestras representaciones, con el empleo. Pero además, en el caso de José, como en el caso de los varones en general, el desempleo también aparece como una imposibilidad para cumplir el mandato de *proveedores del hogar* que se les asigna socialmente.

Durante décadas, el trabajo funcionó como eje estructurante de nuestras sociedades. Las transformaciones que se han producido a partir de las reformas neoliberales y los cambios tecnológicos, nos señalan otro ordenamiento social, completamente distinto a los tiempos en que contábamos con un estado benefactor. El desempleo actualmente es un fenómeno a nivel mundial que aparece como problemática de manera global. Méda, en su texto, plantea que el ordenamiento social se ha visto profundamente transformado, en un contexto donde ya no hay posibilidades de garantizar el empleo; y sin embargo, nuestras sociedades, siguen organizadas en base al trabajo remunerado. La inclusión está garantizada sólo a partir de un salario. Por eso la tristeza en la mirada de José. Su tristeza se entiende, aún más, percibiendo la escasa posibilidad que tiene de revertir su situación, dada la disminución de trabajo remunerado que acompaña el fortalecimiento del capitalismo financiero. Esta es la

paradoja de nuestras sociedades: nos educan y nos forman para conseguir empleos, pero esos empleos brillan por su ausencia.

### Ana

Ana, mujer de José, trabaja en el turno noche en una fábrica de conservación de pescado, que tiene un olor nauseabundo. Por eso se frota, se lava, se echa desodorante. El olor que la persigue le recuerda al trabajo que hace a destajo, que la deja agotada, que le afecta la salud. Deberíamos considerar a Ana el ejemplo feliz de esta historia: ella tiene trabajo. Sin embargo, lejos podemos estar de considerarla feliz. Ana tiene un trabajo remunerado, pero que la desgasta, la enferma y del cual recibe lo mínimo indispensable para sobrevivir. En este sentido, el personaje de Ana nos permite problematizar las categorías que le van asociadas tan automáticamente a la categoría trabajo. Una de ellas, como hemos mencionado, es la dignidad. Si en tiempos de estado benefactor, el trabajo era sinónimo de dignidad, hoy debemos poner en cuestión ese enlace cristalizado en nuestro imaginario. No todo trabajo dignifica. Es posible registrar aquí, los *efectos del desempleo en las personas empleadas*. La amenaza, presente a nivel social, de perder el trabajo, obliga a los que están empleados a aceptar cualquier tarea remunerada sin considerar las condiciones. Esto mismo parece ocurrirle a Ana; ella detesta su trabajo, pero sabe que no puede renunciar a él y debe aceptar las condiciones impuestas. En este sentido, las consecuencias de las transformaciones en el mundo laboral, no son sólo visibles en el desempleo creciente. También son reconocibles en el aumento de la *precarización*. Los trabajos precarios, son aquellas tareas mal remuneradas y que no garantizan los derechos sociales y laborales presentes en todo empleo formal. El desempleo ha devenido un fantasma que recorre todo el mercado laboral, obligando a los trabajadores a aceptar cualquier tipo de trabajo a cualquier precio.

Es necesario aquí, volver nuevamente sobre la dignidad. Una persona sin empleo pero que trabaja para su comunidad, en un proyecto de gestión colectiva para poder sobrevivir, no tiene porqué ser considerada indigna. Aquí, volvemos también con la

<sup>4</sup> Vicente Galli y Ricardo Malfé: “Desocupación, Identidad y salud” en Luis Beccaria y Néstor López (Comps.): *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, Bs. As., 1997

ecuación *trabajo igual a empleo*. En tiempos contemporáneos, grandes sectores de la población se ven imposibilitados de obtener empleos; pero eso no quiere decir que no *trabajen*. Muchos ejemplos nos muestran que a pesar de estar *desempleadas*, las personas se encuentran *ocupadas*. El desempleo no es sinónimo de falta de actividad. Una investigación reciente<sup>5</sup> en el conurbano bonaerense ha registrado cómo los jóvenes desempleados participan activamente en el desarrollo de sus comunidades, gestionando radios locales, participando en la construcción de las viviendas, trabajando en las huertas comunitarias. En este sentido, es importante no reducir el trabajo al empleo, sobre todo a la hora de formar a nuestros jóvenes. Como hemos señalado, es un anacronismo formar para la *obtención de un empleo* en tiempos actuales, cuando la problemática es precisamente el desempleo. En lugar de aquello, la formación puede apuntar hacia la *creación de trabajo*, asumiendo que los desafíos actuales exigen que seamos capaces de inventarnos y de gestionar colectivamente estrategias para poder trabajar.

#### Amador

Amador es mayor que sus compañeros y parece haber bajado los brazos. Su situación es dentro de la historia, la más dramática. El desempleo lo ha llevado hacia el alcoholismo y aparecen en su personaje las patologías más siniestras que se puedan reconocer, incluyendo el suicidio. Galli y Malfé, en el texto ya citado, mencionan que las crisis no tienen por qué producir consecuencias patológicas a la persona, siempre y cuando esa persona pueda sentirse un sujeto activo de su propia historia; es decir, pueda controlar los cambios que se van produciendo en su vida. Además, tiene que poder significar como parte del aprendizaje vital, los cimbronazos que puedan ocurrirle para luego volver a estabilizarse y poder mantener la capacidad de imaginar. Amador

<sup>5</sup> Denis Merklen: “Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los 90”, en Maristella Svampa (Comp.): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*, Biblos-UNGS, Bs. As., 2003.

nos muestra un estado en el que nada de esto se puede reconocer. El desempleo le ha jugado una mala pasada y Amador se ha comenzado a sentir *estigmatizado* por la situación que atraviesa. Se siente excluido, ve pasar su vida por fuera. Como comenta en la película, duda de que Dios siga creyendo en él, como si el destino lo hubiese abandonado a su suerte. Aquí podemos señalar otra de las consecuencias del mundo laboral alterado: *la exclusión*. Grandes sectores de la población, quedan absolutamente por fuera del mercado de trabajo. En muchas regiones del nuestro país, la exclusión atraviesa varias generaciones. Padres e hijos sin trabajo, sobreviven como pueden; pero ya no son contabilizados por el nuevo esquema social en tanto candidatos posibles para las fábricas, como sugería Marx con su idea del ejército de reserva.

Gabriel Kessler<sup>6</sup> plantea que el sujeto desocupado, al estar asociado al drama y al sufrimiento, se aleja de un perfil de persona *empleable* y eso dificulta la posibilidad de revertir su situación. Por otro lado, se *auto-culpabiliza* y se *auto-reprocha*. Si bien en términos objetivos la desocupación puede explicarse a partir de causas estructurales y económicas, la representación social que muchas veces existe sobre el desempleo, encuentra sus causas en la responsabilidad individual. Lo que ocurre es que se privatiza el conflicto, dificultando una salida colectiva. Esto nos muestra el personaje de Amador que parece encarnar el trago más amargo de las consecuencias del desempleo. Amador no pudo pedir ayuda, no pudo compartir lo que le pasaba, no pudo congeniar una estrategia en conjunto con sus compañeros; por el contrario, se recluyó en sus soledad.

#### Lino

A la inversa de Amador, Lino no renuncia a la insistencia. Su personaje podría considerarse el más testarudo, pero también el más inquieto. Lino no baja los brazos a pesar de que tenga que soportar situaciones

<sup>6</sup> Gabriel Kessler: “Algunas implicancias de la experiencia de la desocupación para el individuo y su familia” en Luis Beccaria y Néstor López (comps.): *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina*, UNICEF/Losada, Bs. As., 1997

vergonzantes y sudorosas en sus numerosas tentativas por recuperar el empleo. Lino, en su trayectoria por estos intentos, nos va mostrando como se compone el nuevo mercado de trabajo que ya no es para todos. El trabajador tiene que ser joven, tener estudios, idiomas, computación; y además mostrar capacidad de adaptación, ser polivalente, ambicioso y ponerse la camiseta de la empresa. Los trayectos de Lino, a veces un tanto embarazosos, nos permiten reconocer los nuevos modos de organización del trabajo y en el mundo laboral en general. Aquí volvemos al término *flexibilidad*, que como hemos dicho, no sólo hace referencia a las nuevas reglamentaciones laborales. Flexible tiene que ser aquel que quiera ser parte de los nuevos empleos. Las transformaciones en el mundo del trabajo no sólo remiten a la desocupación, también refieren a los nuevos modos de organizar el trabajo, que muchas veces aumenta las exigencias de los trabajadores a unos extremos antes impensados. Los flexibilizados, si bien festejan su inclusión, no están inmunes a los padecimientos que surgen del trastrocamiento de la esfera laboral.

Quizás, Lino se asemeja a Amador en un punto: tampoco apuesta por una salida colectiva. Al estar el desempleo asociado con una responsabilidad individual, la salida que Lino imagina también es individual, queriendo salvar su propio pellejo a cualquier precio. Cuando ya ha realizado decenas de intentos, Lino parece cambiar de idea. Lo interesante surge cuando toma esa decisión; allí comienza un nuevo Lino, que deja de rebajarse a los designios del cambiante mercado de trabajo y decide apostar por permanecer unido a sus compañeros. Los tiempos contemporáneos parecen sugerir que frente al drama de la desocupación, las *estrategias colectivas de autogestión* devienen sumamente potentes. En conjunto es posible planear estrategias, inventar y crear nuevos modos de generar alternativas de trabajo. Pero para gestionar de manera conjunta, se requiere de una decisión. Si en otro momento histórico todos los sujetos eran parte de algún conjunto social (la fábrica, el sindicato, el club); los tiempos contemporáneos están signados por la atomización individual. La película nos muestra como estos *compañeros*, que ya no son compañeros en términos estrictos,

*deciden* seguir siéndolo. En el grupo de compañeros cada uno de sus integrantes puede percibir tanto la dignidad como la inclusión.

### *Final abierto*

Cada personaje nos ha permitido adentrarnos en distintas aristas de las transformaciones del mundo laboral. Como hemos visto, el desempleo cobra una nueva significación a raíz de las radicales alteraciones que advienen con la irrupción del capital financiero en la economía. El desempleo ya no es más una situación transitoria; por el contrario, deviene amenaza de pérdida de existencia social. Hemos analizado las consecuencias sociales y personales que conlleva la desocupación creciente en nuestras sociedades. Hemos revisado ciertas categorías que le van asociadas automáticamente a la idea de trabajo presente en nuestro imaginario. Recorrer las vivencias, sentimientos y padecimientos de cada uno de los personajes nos ha abierto el camino para reconocer las consecuencias de las transformaciones en el mundo laboral: tanto en el orden de la flexibilización, como en el de la precarización y exclusión.

El final de la película nos inquieta. No es un final feliz. Los compañeros, reunidos, vivos y muertos, deciden transgredir, deciden burlarse del mundo laborioso de manera colectiva. La idea que se desprende de esta decisión es la apuesta que los compañeros hacen por permanecer unidos, encontrando en esa unión, el elemento que los hace dignos. No es buscando trabajo de manera individual como hacía Lino, ni llorando en la cama como podría haber hecho José. La dignidad la encuentran permaneciendo juntos, riendo, disfrutando, otra vez, de la brisa cálida de un lunes al sol. La idea que se desprende de este final es bien interesante: no hay recetas ni milagros posibles para enfrentar la problemática de la desocupación; pero es necesario entonces, permanecer juntos. Porque los compañeros, como ingeniosamente ha referido Amador, son como los siameses y por lo tanto, están pegados; si se cae uno y se caen todos. Nada en la trama de la historia se revierte, y sin embargo, el final de la película, mostrando a este grupo de compañeros

juntos, convoca a imaginar, junto con ellos, alternativas que permitan contrarrestar su situación. El final, nos habla del mismísimo mercado de trabajo, que no parece dar señales de apertura hacia las miles de personas desocupadas. Sin embargo, también desliza una sugerencia sobre la única manera posible de imaginar formas de habitar la catástrofe: *juntos*.

*“Que los finales sean felices a veces y a veces no, que sean abiertos, sencillos, amargos, que sean hermosos o trágicos, que sean como quieran, o como quiera que deban ser los finales, pero que sean siempre, siempre un principio”.*

*Fernando León de Aranoa*  
*Director y guionista de Los Lunes al Sol*